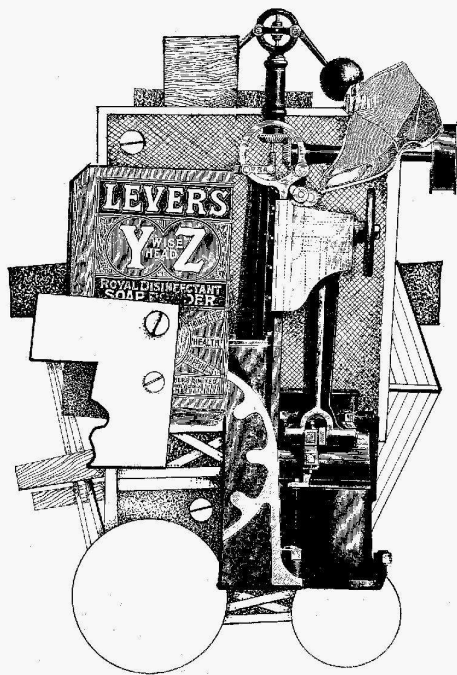




A MACIAS

informáticas, la posibilidad de que un entrenamiento de seis meses sea suficiente para tantos trabajos de oficina, está produciendo un profundo miedo en la clase media que, por primera vez desde la gran recesión de los años 30, se siente afectada por la crisis de los 90. Estudiar, incluso estudiar en la Universidad, ya no garantiza un empleo y menos uno relacionado con el título.

Pero esta vez la situación no plantea las confrontaciones ideológicas del pasado. Hoy la teoría dominante es la ley del mercado.

Si el mercado pide la reducción de la mano de obra no hay sindicalistas ni socialistas que puedan evocar las bondades de un sistema alternativo. Por eso crecen los partidarios de la sociedad civil, del sector voluntario, que tomaría sobre sí la solución de tantos problemas que no resuelve el mercado.

Hay dos versiones de la misma receta. Por un lado, quienes llaman sociedad civil al conjunto de grupos no estatales, fundaciones, asociaciones que realizan actividades sin beneficio utilizando voluntarios, jubilados, gente que trabaja a tiem-

po parcial, etc. Pero, como el mismo Rifkin explica, en relación a Norteamérica, estas actividades son muy funcionales al mercado libre en la medida en que se alimentan de donaciones de las corporaciones que reciben exenciones por apoyar iniciativas que, en el fondo, les sirven de cobertura a su estrategia laboral.

La otra versión es la pura caridad. Los gobiernos conservadores estiman que hay que devolver a las iglesias, a los grupos caritativos la acción sobre la pobreza, disminuyendo así la dimensión y la financiación del Estado de bienestar. Semejante política sería impensable en Europa pero ya sabemos que la receta norteamericana entusiasma a nuestros líderes.

El debate, sin embargo, ha empezado a calentarse desde otra dirección. Muchos líderes locales están pidiendo que se atiendan la gran cantidad de necesidades ciudadanas que hoy están descuidadas: desde la regeneración ecológica a la atención médica, y que la dinámica del mercado no sólo impide sino también perjudica.

«Trabajo hay, y en grandes cantidades, trabajadores también y cada vez más. Lo que no hay es quien les pague», decía recientemente el director de un programa de rehabilitación de suelos contaminados que se estaba quedando sin financiación.

El estilo norteamericano no es precisamente presentar alternativas ideológicas sino resolver problemas. Por eso docenas de iniciativas de trabajo comunitario están solicitando fondos públicos que, a la vez que darían empleo, contribuirían a taponar los agujeros negros de la competitividad sin restricciones. Y así está el mundo laboral en el Imperio.

Alberto Moncada es sociólogo y escritor.

Vicios de la corte

RAUL DEL POZO

Púrpura, toga y sardana

Esta Monarquía es la sucesión de la uniformidad de la dictadura por medio del consenso. ¿Será esta frase la pesadilla de un visionario en delirio tremebundo? se pregunta a sí mismo **Antonio García Trevijano** en su reciente libro *Frente a la Gran Mentira*. He ahí un escáner histórico de la democracia, un tratado de las ideas, una autopsia de las revoluciones norteamericanas, francesa e inglesa. Obra de un agitador, de un profesor, de un filósofo. Como un jacobino reencarnado, que paseara en Rolls, proclama que ya sólo gobierna en España el temor a la verdad. «El régimen ha tenido que convertir la ley de secretos oficiales en su verdadera Constitución».

Voy a hacer en este artículo el discurso de **Marco Antonio**, no el de **Bruto** y, por eso, me apresuraré a ponerle faltas a la obra: poca de excesos libresco, abusa de las citas, denota una total falta de consideración a la duda, que es la verdadera cortesía de los filósofos. Pero *Frente a la Gran Mentira* es un libro demoledor y apasionante que proclama con pasión revolucionaria que la ocultación de los crímenes es lo que sostiene el consenso del Gobierno y de la oposición, «bajo el manto de púrpura y la toga y a los sonces de una constante sardana». Esta obra no es un crepescelo, como suelen decir sus enemigos cuando Trevijano insiste en la falta de naturaleza democrática de nuestro sistema político, sino un discurso esencial para intelectuales. Aspira a develar la verdad y por eso inicia su tratado con una hermosa frase de **Juvenal**: «¿Qué haría yo en Roma si no sé sentir?». Fulmina a los que invocan el bien común como coartada a sus desmanes: «El bien general es alegato de los canallas, los hipócritas y los aduladores». Ha sido compuesto, según él mismo, como una película clásica, con un guión de filosofía del poder. Estamos ante un «capital» de la democracia fin de siglo, un documento pedagógico, aunque demoledor, sobre la limitación del poder, el papel del monarca, la división de poderes. En otros países tuvieron a **Rousseau, Locke, Constant, Stael, Voltaire, Paine, Tocqueville, Mille, Croce, Concord, Acton** y otros fundadores de la democracia y combatientes de la razón; aquí apenas **Ortega, Unamuno, Madariaga** y en la moder-



«Trevijano cree que la democracia engrandece y enseña a pensar»

nidad algún filósofo marxista, de escasa originalidad intelectual; por eso hay que ponderar esta obra desde la penuria. Aquí, el racionalismo moderno no pudo arraigar por ser ésta una sociedad tradicional y ultracatólica. Trevijano, heredero de los revolucionarios de Cádiz, de los exaltados, de los heterodoxos y los desobedientes, cree en este libro, como **Thomas Mann**, que la democracia quiere elevar a la humanidad, enseñarla a pensar, que trata de eliminar de la cultura el sello del privilegio. Allí él si se equivoca. El pueblo de Atenas penaba a los oradores que lo habían aconsejado mal. Aquí hacen algo peor, los confinan y los silencian en vida. Tiene convicciones fascinantes sobre las ideas políticas («El anarquismo no es una teoría realista, es una utopía sin lugar en la historia de los hombres»). Se aventura en la historia y utiliza con precisión la excavadora ante este ominoso consenso ideado por los profesionales del poder. En ningún momento idealiza la libertad política de los antiguos.

can a nadie en la taquilla, saldrán también en la TV, pero indignados, pensando que se hubieran privado de langostinos en Nochevieja para pagar la entrada.

Los Vips del móvil no perderán la ocasión de dejarse ver, aunque no les guste el fútbol, y el 31 cenarán angulas. El fútbol, tan popular, tan populista, tiene también cosas así. **Daniel Pérez Clavero**. (S. Fernando Henares).

Funcionarios y función pública

Sr. Director:

Ante las movilizaciones convocadas por las centrales sindicales el próximo día 11 de diciembre para impedir la congelación salarial que venimos padeciendo desde hace varios años, los empleados públicos deseamos puntualizar lo siguiente:

1.— Los funcionarios y



DOSSI

personal laboral de la Administración son los sustentadores de servicios públicos a la sociedad, tan básicos como la Educación, Sanidad, Justicia, etc.

El mal funcionamiento, en algunos casos, de los mismos no es debido a los servidores públicos, sino a los dirigentes y altos cargos que

sí pueden presumir de sueldos elevados.

2.—La congelación de nuestros sueldos viene realizándose desde hace cuatro años, perdiendo capacidad adquisitiva y soportando los ajustes de la política económica de los sucesivos gobiernos.

Esta congelación aplicada a salarios que, en muchas ocasiones bordean las 100.000 pesetas, agrava las economías domésticas de numerosas familias.

3.— Existe un acuerdo entre las centrales sindicales y el Gobierno de la nación, que compromete al incremento de nuestros salarios de acuerdo con la subida del Índice de Precios al Consumo hasta finales de 1997. La ruptura unilateral del acuerdo por parte del actual Gobierno obliga a los trabajadores a posicionarse a favor de medidas de fuerza en todo el sector público.

José López y 76 firmas más. Asamblea de Empleados

Públicos de la Secretaría General de Pesca Marítima. Madrid.

*

Fe de errores

En el número de «Metropol» publicado el viernes 22 del pasado mes apareció un error de edición en la crítica de **Manolo Marín** sobre la película argentina «La nave de los locos». La acción sucede en la provincia argentina de Neuquén, como hacía constar el autor, quien escribía sobre los filmes referentes a los problemas de los indios de Iberoamérica: «Uno es sobre la situación en Guatemala, otro sucede en la selva amazónica...».

Pero, una vez editado el artículo, se publicó, cambiando su texto: «Es una película sobre la situación en Guatemala, situada en la selva amazónica...».